

Sócrates: filósofo de la razón argumentativa y dialogante

Libardo Sarmiento Anzola*

Los grandes maestros de la humanidad han sido maestros orales. Sócrates, al igual que Cristo y Buda, fue también un maestro oral. Nunca escribió, para él la filosofía es una actividad íntima y de colaboración; es un asunto para discutir en el seno de pequeños grupos de personas que dialogan juntas con el fin de que cada uno pueda encontrar la verdad para sí misma.

Por tanto, su fe no consistía en una confianza en la revelación o en la ciega esperanza, sino en una devoción por la razón argumentativa. El principio de Sócrates consiste en que cada persona descubra a partir de sí mismo tanto el fin de sus actos como el fin último del universo, en que llegue a través de sí mismo a la verdad. Convirtió en lema de los griegos el “Conócete a ti mismo” y, concretamente como la ley del espíritu, y no como un conocimiento de la propia particularidad del hombre.

Por ello fue un subversivo del espíritu griego, al socavar la autoridad absoluta e incontestable del Estado y los dogmas religiosos. Es el héroe que proclama el principio según el cual cada individuo debe mirar dentro de sí para saber lo que es verdadero. El desplazamiento revolucionario consistió en que el oráculo y todo poder externo a la persona sea sustituido por la consciencia que cada ser pensante tiene de sí mismo. En resumen, el eje de toda la conversión histórico- universal que forma el principio de Sócrates consiste en haber sustituido el oráculo por el testimonio del espíritu del individuo y en hacer que el sujeto tome sobre sus hombros la decisión y se responsabilice de sus actos y consecuencias.

Al debilitar el poder político y religioso reinante en Atenas, le costó la acusación “Que Sócrates no consideraba como dioses a los que el pueblo ateniense tenía por tales, sino que introducía nuevos dioses, y que pervertía a la juventud (al hacerlos vacilar con respecto a lo dotado de vigencia inmediata)”. Los atenienses tenían la sensación de que los intelectuales estaban debilitando la sociedad al socavar sus concepciones y valores tradicionales. Fue sentenciado y condenado a muerte. Murió a la edad de 69 años, en el año 399 (a.n.e.). Por aquella época los demócratas atenienses se sentían bastante inseguros; en 404 a.n.e —cinco años antes del juicio- una guerra de veintisiete años entre Atenas y Esparta había culminado con la derrota de Atenas. La democracia ateniense fue derrocada y reemplazada por el dominio de “los treinta tiranos”. No fue sino en el año 401 a.n.e.

cuando la democracia fue totalmente restituida. En consecuencia, había bastantes razones para que los atenienses se sintieran inseguros con la presencia de Sócrates en la ciudad. Por ello, el proceso tenía un agitado trasfondo político: política, religión y educación estaban todas entreveradas en el juicio. Era un hombre demasiado radical para la democracia formal ateniense. Su muerte significó una tragedia general para Atenas, “la tragedia de Grecia”, según Hegel.

*Filósofo, economista, orientador en análisis existencial.

Fue un crimen que el espíritu del pueblo perpetraba contra sí mismo. El pueblo ateniense había entrado en ese período de formación y de cultura en que la consciencia individual se separa y emancipa del espíritu general como una fuerza independiente. Los héroes aparecen como la violencia que infringe la ley; perecen, en lo individual, pero no el principio en él encamado, que la pena impuesta a aquél no alcanza a destruir. El último drama de este acto es el arrepentimiento de los atenienses por este crimen. De una parte, los atenienses reconocen, con su arrepentimiento, la grandeza individual del hombre por ellos condenado; de otra, reconocen que el principio proclamado por Sócrates y considerado por ellos como funesto, como un atentado contra el estado ateniense, se ha apoderado ya de su propio espíritu, que ya en ellos mismos se alberga este conflicto, que el principio condenado en Sócrates es su propio principio. De hecho, la vida ateniense sale debilitada y el Estado se ve impotente al exterior, por ser el espíritu algo dividido dentro de sí. Atenas pasa a depender de Esparta, hasta que, al cabo, uno y otro estado se ven obligados a supeditarse exteriormente a los macedonios.

Los atenienses anteriores a Sócrates eran hombres morales pero no éticos. Aparece así, con él, la subjetividad infinita, la libertad de la consciencia de sí mismo, es decir, la individualidad que decide por sí misma. Por ello, Sócrates entra a hacer parte del pensamiento universal como santo y mártir de la filosofía occidental.

Sócrates (469-399 a.n.e.) fue el primer importante filósofo ateniense, introdujo la ética como un nuevo concepto de la filosofía. Era hijo de Sofronisco, escultor, y de Fenarete, comadrona. Su padre lo educó en el arte de la escultura, pero su gran pasión era la filosofía y las investigaciones científicas. Su principal idea consiste en que la sabiduría trae consigo la virtud y la virtud trae consigo felicidad. El conocimiento es el sendero hacia la virtud y la felicidad. Por tanto, la felicidad es un estado de satisfacción espiritual, obtenido a través de una vida noble. Aristipo, uno de sus epígonos, fundaría una escuela que hacía énfasis en este aspecto de la filosofía Socrática, esto es, la

autodisciplina hacia la búsqueda exclusiva de gratificación.

Su indiferencia ante la riqueza y la comodidad influyó directamente a Antístenes y, en general, a los cínicos quienes desarrollaron una filosofía ascética que acogía positivamente la pobreza. Tomó parte en tres campañas de la guerra de Peloponeso, que coincidió con los años de sus deberes militares. Esta guerra del Peloponeso fue decisiva para la disolución de la vida en Grecia; proceso que se manifiesta no sólo en el terreno político y social sino, además, en el plano filosófico, en la conciencia pensante de Sócrates. Vivió los años de esplendor de Atenas y los que marcan el comienzo de su decadencia; disfrutó del máximo florecimiento de su Estado y asistió al comienzo de sus desventuras.

A mediados del siglo V (a.n.e) termina el llamado período cosmológico de la filosofía griega y se inicia una nueva época de carácter antropológico, ya que hace objeto de estudio al hombre mismo. Sócrates y los sofistas llevan al máximo desarrollo este nuevo rumbo de la filosofía. Protágoras (480-410) fue la cabeza espiritual de los sofistas; enseñó que el hombre individual es la medida de todas las cosas (lo que parece bueno a uno, dice, puede ser malo para otro). Además de este relativismo, los sofistas eran escépticos y dudaban de las creencias y costumbres morales de sus conciudadanos, por estar fundadas en la tradición y la fe, tratando de llegar a conclusiones racionalmente aceptadas. Ante la acción devastadora de los sofistas, Sócrates conserva la fe en la razón (iluminismo) y el convencimiento de que existe una verdad universalmente válida. Tal convicción era en él de naturaleza práctica, una especie de sentimiento moral; sin embargo lo condujo a investigar el problema de la verdad cuya esencia descubrió en el pensar conceptual.

Sócrates y los sofistas se encuentran en la misma vertiente espiritual de la época y manipulan los mismos problemas; pero mientras los segundos permanecen en el laberinto cotidiano de las opiniones y llegan a resultados negativos, el primero halla los ideales de la ciencia y de la ética. La filosofía socrática rechaza el relativismo y el escepticismo; su método tiene el designio de obtener conocimientos universalmente válidos. Sócrates hace del examen de sí mismo un método filosófico. **Conócete a ti mismo:** he ahí su principio: En efecto, el examen de casos concretos, vividos por cada cual, es el medio para descubrir las ideas generales, los conceptos.

Sócrates era un demócrata radical. Cada ser humano debe encontrar por sí mismo lo que es bueno y justo y nadie puede escapar a la obligación de examinarse a sí mismo y a su vida. El resultado de tales discusiones entre ciudadanos debería ser idealmente una sociedad justa con leyes justas, a las

que se ha llegado a través de dicho autoexamen colectivo. En el ideal socrático de la democracia, la convicción individual llevaría al acuerdo colectivo; no acerca de todo, pero al menos con relación a los lineamientos básicos acerca de cómo vivir una vida ética, esto es, virtuosa. Según la convención de la época, las cualidades de la virtud eran cinco: valentía, moderación, piedad, sabiduría y justicia.

A diferencia de los grandes maestros de la moral, la obra de Sócrates no era una ética adusta y sombría, en forma de sermones, exhortaciones y enseñanzas de cátedra. Estos métodos no habrían encajado en la urbanidad ateniense, por no tratarse de relaciones racionales mutuas y libres. Tenía una aproximación igualitaria al conocimiento y la virtud: cualquiera puede examinar su propia vida y sus propias ideas y de este modo llevar una existencia digna; de lo que filosofaba desde el punto de vista ético con todo aquel que le saliera al paso. Sócrates entraba en coloquios con todo el mundo, cualesquiera que fuesen sus concepciones, sin faltar nunca a aquella urbanidad atica, que, sin arrogarse ninguna clase de pretensiones, sin tratar de aleccionar a nadie ni de imponer su superioridad a otros, sabe respetar todos los derechos propios de la libertad y honrar a ésta, descartando cuanto pueda parecer tosco y duro.

Para Sócrates, el diálogo filosófico tiene que comenzar por provocar confusión en el espíritu, para llevarlo luego a la reflexión; hay que empezar dudando de todo, destruyendo todas las premisas, para obtener la verdad como algo creado por medio del concepto. Su importante contribución a la filosofía argumentativa sería continuada en Megara por Euclides. A diferencia del arte de la prédica, cada cosa que dice es presentada en el contexto de un argumento: se exigen razones, se examinan inferencias, se refinan definiciones, se deducen consecuencias, se rechazan hipótesis. Por su parte, Sócrates se basa en la doctrina de Anaxágoras según el cual el pensamiento, la inteligencia, es lo que gobierna, lo general que se determina a sí mismo.

La sabiduría de Sócrates reside en el hecho de que sólo él es consciente de cuán poco sabe. Sólo sé que nada sé. La ignorancia es un estado de llenura y no de vacío (creyendo saber de todo, ni siquiera se dan cuenta de su propia ignorancia, afirmaba refiriéndose a los sofistas), por ello afirma “la sabiduría humana es digna de poco o nada”. Sócrates se define a sí mismo como un partera intelectual cuyo interrogar saca a la luz los pensamientos de los demás. No es un hombre que sabe, es un hombre que interroga, que busca. Cuando declara su ignorancia, se refiere a una ignorancia acerca de los fundamentos de la moralidad; no está proclamando ningún tipo de escepticismo general sobre las diarias cuestiones de hecho. Sólo le preocupa la reflexión ética y no puede abandonarla, sin que enturbie su consciencia, la misión de suscitársela en otros.

Para convencer y hacer notoria la ignorancia del aparente sabio, se sirve Sócrates de hábiles preguntas encaminadas a confundirlo. Esta es la ironía socrática (ironía significa en griego interrogación). Así el “no saber”, que en principio expresa la modestia del filósofo, se torna en instrumento pedagógico: su final objetivo es conducir al interlocutor, por propia reflexión, a la verdad moral. El método socrático consta de dos partes: confrontación y mayéutica. La ironía socrática es el arte de rebatir, de exhibir la ignorancia del aparente sabio, y se llama *eléntica* (de *elenchos*, objeción); la segunda es el arte de dar a luz en cada cual, de descubrir la verdad que debe orientar la vida; se llama *mayéutica* (de *maieutike*, arte de la partera) o heurística (de *heuristické*, arte de descubrir).

La filosofía de Sócrates forma una unidad hecha de una pieza con su vida, razón por la cual no se desarrolla en forma de sistema. Sócrates se dedicó a la búsqueda de las virtudes porque se sentía éticamente obligado a hacerlo, aquí y ahora. La vida terrenal imponía sus propios deberes, traía sus propias bendiciones y no era simplemente preparación para alguna otra cosa (la vida después de la muerte, por ejemplo).

Éste será un problema que se abordará en la etapa subsiguiente, tercera de la filosofía griega, por parte de Demócrito, Platón y Aristóteles. La filosofía adquiere entonces una fisonomía sistemática. Cada uno de estos tres pensadores trata de explicar la existencia toda (el conocimiento de la naturaleza aparece unido al interés por el conocimiento del hombre) a la luz de un concepto fundamental: la materia, en Demócrito; la Idea en Platón; el principio de evolución (entelequia), en Aristóteles. Así, se crearon las tres fundamentales concepciones del mundo y de la vida y, en paralelo, los tres clásicos sistemas filosóficos: el materialismo, el idealismo y el hilemorfismo.